

NOTAS

Un sacerdote nos decía a los bachilleres con la voz engolada: “el hombre no debe hacer lo que quiere, sino lo que debe”. Y con ello se hacía evidente que el hombre, incluso santo, no puede querer hacer su deber. O sea, que el deber se realiza siempre con disgusto y a regañadientes. Nada extraño tal pesimismo sobre la naturaleza humana si el cristiano nace manchado con un pecado original. Aquel sacerdote nos enseñaba que la fe en Dios se funda en la desconfianza hacia los hombres.

Sobre la “santa” Inquisición pueden adoptarse dos posiciones: una, la de los historiadores. Éstos nos dicen que debe situarse en su época para no caer en anacronismos juzgando con la mentalidad moderna hechos pasados. Otra posición es “suprahistórica”. San Agustín dice: “¿Acaso ha sido *alguna vez* o en *alguna parte* cosa injusta amar a Dios de todo corazón (...) y amar al prójimo como a uno mismo”. El obispo de Hipona no hace sino hacerse eco de las palabras de Jesús. Es difícil, o mejor, imposible, leer en el evangelio que deba quemarse el cuerpo para salvar el alma. Claro está, se podrá argumentar que los inquisidores eran crueles porque procedían del pueblo y la misma sociedad era cruel. Y también se podría decir que si ello es así es porque la Iglesia, como institución secular, y a pesar de los velones, no era “lumen gentium”.

¿Habrà alguna prueba de fanatismo mayor que la de Menéndez Pelayo, martillo de herejes, en el Brindis del Retiro? Y así se entiende que el franquismo lo primero que hizo fuera publicar sus obras completas para ilustración de la nación. Quienes afirman la unidad católica de España vienen a decir en resumen esto: “aquellos que no son católicos son malos españoles,

traidores a la Patria.” ¿Y – se dirá – no proclama acaso la Constitución liberal de Cádiz el catolicismo como la religión nacional? Ciertamente, pero no se puede pedir uvas en el mes de abril. Como dice el mismo Menéndez y Pelayo se aceptó con prudencia y cautela la unidad religiosa, pero derogando la Inquisición, única institución capaz de mantener esa unidad.

Jesús fue un hereje del judaísmo ortodoxo y, como todos los herejes, y en todos los tiempos, afrontó la muerte causada por los fanáticos de su misma raza. La flagelación – varón de dolores – y la muerte en la cruz no son peores, ni menos dolorosas, que la tortura y morir en una pira de fuego y, además, con leña verde para mayor caridad cristiana. La Iglesia evolucionó con el tiempo, se evangelizó a sí misma. Sin embargo, tales progresos fueron motivados más bien por la presión del mundo externo – el liberalismo, las luces de la razón – que por algunos solitarios francotiradores desde dentro y, sobre todo, marginados en su momento por la jerarquía eclesiástica para luego ser ensalzados a toro pasado.

Mi generación leyó aquella novela lacrimógena “La cabaña del tío Tom”. ¡Qué malos eran los amos blancos tratando a latigazos a los pobres esclavos negros! ¡Ah, pero eran anglosajones! Y también vimos en el cine “Lo que el viento se llevó”, donde se cuenta la guerra de secesión entre los buenos, los de Lincoln, y los malvados sudistas. Pues bien, España es la última nación de Europa en libertar a los esclavos de sus cadenas. En un discurso de Castelar, ¡en 1880! exige la abolición inmediata de la esclavitud en Cuba y en Puerto Rico. Aunque ya “se les tratase bien” – ¿incluye eso dar chocolate a la taza? – claramente no es una cuestión de hecho sino de derecho. Por otro lado, ese exquisito trato humano dado a los esclavos queda desmentido con anuncios

como el siguiente en la prensa de la época: “se vende dos yeguas y una madre con su hija negras, ambas juntas o por separado”. Suele decirse que, desde la Edad media, la Iglesia tiene un gran poder en la sociedad. Y ello es falso, pues de ser cierto, el Altar no habría permitido tales cosas, tan poco evangélicas, al Trono de Su Majestad la reina católica. El Papa Gregorio XVI ya había condenado la esclavitud, pero los obispos españoles -como los del 1936 a 1975 - hacían de su capa pluvial un saco de arpillera.

Chesterton dice que se convirtió al catolicismo porque esta religión es la verdadera. Ahora bien, un argumento tan contundente y persuasivo podría ser dicho también por un protestante, un musulmán, un budista, etc. Y, ciertamente, si no creyese el escritor inglés que el catolicismo es la verdadera religión no se habría convertido. Sin embargo, la verdad se refiere a la lógica: “un cuadrado no es un círculo”. O bien a la historia: “Colón descubrió América”. Las creencias no se demuestran, sino que se aceptan con la fe. Si Jesucristo, como afirma la Iglesia, viene una segunda vez al mundo - ¿en qué calle, avenida, plaza, ciudad o nación? - el catolicismo sería verdadero y demostrable. Pero mientras ello no sea así, Chesterton tiene derecho a creer que la religión católica es la verdadera, pero no a afirmar que ésta lo sea.

La conversión es el reverso de la apostasía. Aquellos que *ganan* un miembro, si bien muestran una cierta cautela hacia el recién llegado, se alegran por aumentar el número de sus fieles; quienes *pierden* a uno de los suyos lo miran como un traidor. Cambiar de bando es un estigma y aquel que abandona todos los bandos es de todos los hombres el mayor felón. De ahí que las diversas religiones mantienen entre sí una competición espiritual para arrebatarse unas a otras creyentes en su credo particular. El inglés Newman y

el español Blanco White equilibran la balanza, una igualdad que inclina hacia la Iglesia católica Chesterton.

Sin embargo, la mayoría de los hombres, aunque sea por inercia, desconocimiento de los dogmas propios, desinterés en saberlos y ausencia de espíritu crítico, permanece dentro de la religión de sus padres. La fe se transmite así en el lecho conyugal: “creced y multiplicaros”. La consecuencia es muy evidente: la natalidad relativa – conversiones y apostasías se equilibran – decide cuál sea la religión mayoritaria y, por tanto, aquella minoría que se tiene como secta por la religión dominante. El cristianismo fue en sus orígenes una secta judía. Decía un pirata que lo llamaban bucanero porque solamente tenía un barco mientras que si tuviera cien barcos se le llamaría almirante de flota. Si el número fuese la prueba de la verdad ¿no tendría el islamismo los mismos títulos que la Iglesia católica para considerarse la única religión verdadera? ¡Cuántos millones de católicos habría si los jesuitas hubiesen convertido al emperador de China!

Los españoles hemos donado a la literatura universal un par de dones: don Quijote y don Juan. El hidalgo es un solterón, casto hasta el día de su muerte. Convierte a una vulgar aldeana en la más hermosa de las doncellas del mundo. Y luego está don Juan, coleccionista de mujeres, maestro en el arte de enamorar. Y digo enamorar y no sexo, pues, a diferencia del mujeriego, don Juan no busca la consumación biológica sino la conquista amorosa, la rendición de la plaza sitiada.

Una vez Ángel Herrera visitó a Manuel Azaña. Aceptaba la República mientras ésta respetase los derechos de los católicos. La forma del Estado es indiferente. Pasaron tres décadas. Un joven sacerdote, también periodista y de la hornada del Vaticano II, entrevista al cardenal periodista, eclesiástico preconiliar. “¿No cree – le dice el joven sacerdote periodista – que la Iglesia

debe mostrar ya una clara postura hostil al Régimen?”. Y la respuesta del cardenal periodista es maquiavélica: “la Iglesia no se identifica con el Régimen, pero el Régimen permite hacer su labor a la Iglesia”. Y bien: si el Régimen permite hacer su labor a la Iglesia, ¿no será porque la Iglesia no hace su labor? No todas las formas de Estado son indiferentes.

¿Qué motivo tuvo el hombre para cubrir los órganos sexuales? Suele decirse que el pudor. Sentimos vergüenza al mostrar los genitales ante los demás. Ahora bien, este sentimiento es más bien femenino. El hombre, orgulloso de sus atributos, tiende en mayor medida que la mujer hacia el exhibicionismo. La mujer se limita a mostrar únicamente sus caracteres sexuales secundarios y, aún así, cuando descubre los pechos desvela tanto como oculta. Es el juego de la insinuación – ves y no ves – lo que interesa a la mujer para atraer la atención del varón.

Y bien, volvamos a preguntarnos: ¿qué origen posible tienen las prendas íntimas? Tal vez, antes que el pudor, y como causa de éste, quizás existen los celos masculinos. La cabellera larga – capaz de coquetos peinados – es un símbolo femenino (el peinado a lo “garçon” es una forma de rebeldía). En las guerras se rapaba a las mujeres del enemigo o bien aquellas otras que habían confraternizado con aquel. Y las mujeres musulmanas se cubren el cabello que no debe mostrarse en público sino en la intimidad ante el esposo. ¿Acaso son los celos posesivos del varón los que imponen a la mujer ocultar, como un velo, sus genitales a los demás hombres? Y en cuanto al hombre el “taparrabos” no es una cortesía para no escandalizar a la mujer – hemos dicho que el pudor es propio de las féminas– sino una manera de evitar la visible erección que descubre el deseo hacia la mujer ajena y, por tanto, los celos de su macho “poseedor”. El falo señala tanto como la mirada de unos ojos libidinosos.

Póngase todos los matices, distingos, precisiones que hagan falta. Hechas todas las cuentas, si la revolución francesa la hicieron “los de abajo contra los de arriba”, el Glorioso Alzamiento fue obra de “los de arriba contra los de abajo”. ¿De qué bando estaban monárquicos, aristócratas, la Iglesia (¡tan dada a rascar las espaldas del Trono!), banqueros, terratenientes, etc.?

Chateaubriand dice en sus *Memorias* que simpatizaba con los ideales de la revolución hasta que vio a dos *sans-culottes* llevando la cabeza de dos nobles en una pica. Como el niño nace con dolor, aquella horrible violencia, amasada por el odio de la secular injusticia, alumbró la libertad. Y así muchos liberales (o sea, burgueses conservadores), que trajeron la segunda república, se asustaron cuando “los criados – escribe Camba – se hicieron dueños de la casa mientras los dueños veraneaban”. Aquellos intelectuales liberales se mostraron tan impacientes con los errores de la breve república, apenas en sus primeros pasos, como tibios con la crueldad de la larga tiranía posterior (Marañón escribía que la justicia, tras la guerra civil, se aplicaría ¡con generosidad! por los vencedores). Ciertamente era urgente, no ya “rectificar la república”, como pedía Ortega, sino acabar con la dictadura. Claro está, ello requería la hazaña de escribir “en este promontorio espiritual de Europa” artículos de prensa sin libertad de prensa.

Sin duda la biografía es más fidedigna que las memorias. No solamente nos da testimonios diversos sino que también maneja una mayor información. Los recuerdos, conscientemente o involuntariamente, se desvanecen o bien se desfiguran para mostrar la cara favorable de la vida propia. Esto sucede especialmente con las memorias políticas. Casi siempre están escritas para justificar la actuación personal. Y sin embargo...

Ante una biografía nos sentimos como dando vueltas en torno a la estatua de piedra de un personaje. Vemos, tocamos, pero no oímos el latido del corazón. En la autobiografía nos habla un hombre. Escuchamos atentos sus palabras. Convivimos con alguien durante unos días, semanas, meses. Tal vez nos diga alguna mentira, o nos oculte alguna verdad, pero esa diminuta cerilla del “yo”, aunque proyecte la sombra de una duda, ilumina los amplios salones de la memoria. Y ese “yo” dirigido a un “tú” nos dilata nuestro “yo”.

¿Es posible refutar la paradoja de “Aquiles y la tortuga”? Pues bien, cuando Aquiles llega a la posición de la tortuga ya ha realizado un movimiento concluso AB., y más tarde otro movimiento concluso más pequeño BC, y así de seguido. De manera que, en lugar de un movimiento continuo, realiza una suma de recorridos parciales, la sucesión de movimientos discontinuos. Pero, como la tortuga, Aquiles realiza al correr un movimiento continuo, sin ninguna interrupción. Ambos, Aquiles y la tortuga, realizan dos movimientos paralelos independientes entre sí. Pero Aquiles y la tortuga corren con distinta velocidad para recorrer un mismo espacio e (el trecho en que Aquiles alcanza el punto donde antes estaba la tortuga). Sea 1 Aquiles y 2 la tortuga. Así tendríamos las ecuaciones:

$$e = v_1 \cdot t_1$$

$$e = v_2 \cdot t_2$$

Y, por tanto, $v_1 \cdot t_1 = v_2 \cdot t_2$.

Dado que el orden de los factores no altera el producto, si la velocidad de la tortuga es 2 y el tiempo empleado es 7, la velocidad de Aquiles es 7 y el tiempo precisado es 2, pues $7 \times 2 = 2 \times 7$.

La güija no es sino el ejercicio inconsciente de la estructura silábica de una lengua. Al colocar el índice en el vaso invertido, cada participante realiza una pequeña fuerza en una dirección distinta. Cuanto mayor es el número de participantes menos perceptible será dicha fuerza. La composición de todas estas fuerzas origina al azar un movimiento variable alrededor de la mesa. En un principio se requiere un cierto tiempo, pues el vaso puede detenerse en cualquiera de las letras del abecedario. Como sucede con los aplausos, por fatiga, se detiene en una letra determinada. Si es una vocal, la siguiente debe ser habitualmente una consonante y, por tanto, el tiempo empleado para la segunda letra es también grande. Pero si se trata de una consonante solamente existe las cinco posibilidades de una vocal. El tiempo empleado para decidirse es menor. Pongamos que la primera letra era “r”. Los participantes piensan en “rata”, “roca”, “reloj”, etc. Finalmente, digamos que se detiene en “o”. Entonces los participantes tienen en la mente palabras como “roto”, “rolando”, “robar”, etc. Las posibilidades se estrechan. Digamos que la tercera letra donde se detiene el vaso es la “s”. Ya no queda apenas más que una posibilidad, la “a”: ¡Rosa! El espíritu ha hablado desde ultratumba.

EL JUEZ DETERMINISTA

REO.- Señor Juez, usted no puede condenarme. La piedra cae siguiendo una ley física. Así también mi puñal, como la piedra que cae sobre la cabeza, se hincó en el corazón de mi enemigo obedeciendo a la naturaleza. La libertad no existe y, por ello, no soy responsable de mis actos.

JUEZ.- Si es cierto lo que usted dice, señor reo, ¿quién le ha dicho que yo soy libre para absolverlo? Puesto que no existe la libertad, también yo estoy obligado por la ley, no la de los hombres sino de la naturaleza, a condenarlo.

IDEAS SOBRE PEDAGOGÍA

(1)

El maestro de la escuela tradicional “toma la lección”: “Pedrito, ¿cuál es la capital de Francia?”. Y el niño se queda confuso, pues si el maestro no sabe la respuesta es un ignorante al que se paga para aprender y, si la sabe, ¿por qué hace entonces la pregunta? Pero aquí se trata de saber lo que sabe Pedrito. O sea, la pedagogía del control. Y la vigilancia supone desconfianza. Ahora bien, ¿no son precisamente los discípulos del maestro quienes deben tener fe en la palabra del maestro?

(2)

Uno de los vicios de un sistema de notas demasiado temprano en la escuela es favorecer la distinción entre unos pocos “engreídos” y una mayoría de “agraviados”. El “último de la clase” – el fracasado escolar- es el *sans-culotte* de la educación. El odio al “empollón” se convierte así en “aristofobia”, el odio a los mejores. Los escolares suelen admirar espontáneamente al compañero brillante mientras no se le enseñe a ostentar el sobresaliente como si un millonario mostrase la cuenta bancaria a sus pobres empleados. El elogio personal halaga, pero no envanece sino a los vanidosos a quienes se les enseña la vanidad.

(3)

La escuela tradicional fomenta en el niño la picaresca. Si el escolar se convierte en un “delincuente” es porque el maestro se transforma antes en un

“policía”. Y no a la inversa. No es un educador de almas maleables, sino un enemigo al que se debe engañar - si se asume el riesgo - para lograr el aprobado. Alabamos a don Quijote, pero creamos imitaciones del Buscón don Pablos. Así merece alabanza, y no desprecio, quien inventa la “chuleta” más ingeniosa, el engaño más eficaz. Y el que hoy “sopla” la respuesta en el examen será mañana el que avise con las luces del coche la existencia de radares.

(4)

Algunos maestros suscitan en el niño la sed de saber; otros vierten el conocimiento en la pequeña cabeza de los escolares igual que se echa el agua de la vasija en el vaso. Sin duda esto es necesario, pero lo es más aquello. Una cosa está al alcance de todos, la otra es una cualidad propia de unos pocos.

(5)

La pedagogía del esfuerzo solamente tiene valor si se acompaña con el sentido del esfuerzo. A tres hombres les preguntaron sobre qué hacían en la vida. Uno dijo: “pico piedras en una cantera”; otro, “construyo catedrales con las piedras de una cantera”; y, el último, afirmó: “participo en la obra de Dios”. El primero gana el pan, el segundo gana la fama y el tercero gana el cielo. Ahora bien, algunos picapedreros, celosos de su deber profesional, son más dignos de respeto que los mercenarios del arte y los santurriones hipócritas.

(6)

El “acusica” o “chivato” es el sicofante de una clase. Quiere ganar méritos con el maestro, aunque sea ganando la enemiga de sus compañeros. Es el traidor, quien se pasa “al otro bando”. Este tipo de fiscales – fiscal significa *diablo* – no merece mucho aprecio. Pero, algunas veces, el alumno calla, ya sea por temor, ya sea por miedo a las represalias. Y entonces la denuncia es un acto de valentía. ¿No debe delatarse al “chico fuerte” que comete las fechorías de las que se acusa al alumno débil?

(7)

La escuela enseña al niño que $2 + 2$ son cuatro, pero no le enseña que no se dan duros a cuatro pesetas. O sea, el valor moral de la equidad más allá de la aritmética. Se dirá que la justicia se aprende en la vida diaria, pero esto equivale a decir que el niño debe aprender a leer mirando los letreros de la calle.

Una de las ideas más arraigadas en la mente humana es pensar que las leyes de la naturaleza son inmutables. Ahora bien, esto ¿es una creencia o una certeza? ¿Es una consecuencia lógica de la razón y, por tanto, indiscutible, o bien una experiencia demostrable? Supongamos que las leyes físicas invariables sí varían durante millones de años y lo hacen con una lentitud tan infinitesimal que nuestros limitados instrumentos de observación no pueden apreciar. Tal vez pasados unos cien millones de años el agua hierva a 99º. Aquí podría decirse aquello de “olla vigilada no hierve”. Si vemos la olla durante fragmentos temporales ínfimos ($t_1, t_2, t_3 \dots t_n$), y como la memoria solamente se detiene en los intervalos inmediatos, no es capaz de saltar entre t_1 y t_n . Entonces parece que nunca entra el agua en ebullición. Quien espera, desespera. O como se dice en castellano: “hay que dar tiempo al tiempo”. Pero nosotros no disponemos de tiempo bastante para comparar si dentro de cien millones de años el agua dejará de hervir a 100ª.

Podríamos suponer que tales cambios imperceptibles son únicamente cambios aparentes, pues responden a otras leyes constantes de un rango superior. Así, por ejemplo, una ley diría que cada cien millones de años la ebullición del agua desciende un grado. Sin embargo, también se podría hacer otra suposición: no existe ningún patrón fijo inmutable, no hay una partitura definitiva. El universo sería resultado de una improvisación como la música de jazz o el humor variable de algunos neurasténicos.

De todas las guerras las más tristes guerras son las guerras civiles. Aquí no se combate a extraños sino a los nacidos de unas mismas entrañas. Sobradamente conocido es el caso de los dos hermanos Machado, Manuel y Antonio. Pero esa enemistad familiar, fruto de la pasión ideológica, no es exclusiva de nuestra época. El poeta Garcilaso de la Vega fue fiel al emperador Carlos, mientras que su hermano luchaba por la causa de los comuneros. Y estirando del hilo podemos llegar a la primera guerra fratricida, la del pastor Abel y el agricultor Caín.

El egoísmo suele consistir muchas veces en la resistencia que hacemos al egoísmo de los demás.

Baroja llama al insulto una “opinión radical”. Y por ello no es extraño que si tiene a los escritores hispanoamericanos por simios imitadores, un crítico de aquellas tierras lo llame “grosero buey vasco”. Hubiese bastado eliminar la palabra “simio” para suprimir a su vez “grosero buey”. Tales insultos zoológicos acercan más a los escritores, profesionales de la pluma, a peleas de gallos.

Algunos tienen a las Memorias como escritos narcisistas. ¿A quién le interesa nuestra vida? Cada cual tiene la suya propia. Tal vez, como una concesión, se acepta que ciertos hombres, cuya vida influye en la historia, tienen ellos el derecho a contarla: san Agustín, Rousseau, Bertrand Russell, etc. Ahora bien, ¿qué daríamos por el testimonio de un humilde hombre del pueblo que dejase escrito en una hoja: “esta mañana he visto a un hombre con una corona de espinas y cargando una cruz”? Aquella sencilla frase sería más conmovedora que la discutida noticia de Flavio Josefo.

Pero las memorias, aunque fuesen un material precioso para historiadores, no deben ser escritas únicamente para todos los hombres. Es habitual el interés por nuestra genealogía, conocer nuestro linaje. Ciertamente no somos el quinquagésimo duque de tal ducado. Pero nos gustaría saber algo sobre la vida de nuestros padres, de nuestros abuelos, de nuestra familia. Y así como se transmite a través de las generaciones un objeto familiar – un reloj, una medalla, una concha de bautismo, etc. – ¿no sería interesante relatar nuestra vida a nuestros descendientes?

Unas memorias no pueden ser ni prolijas ni un mero esbozo. Si muy largas, aburren. No deben contarse todos los detalles insignificantes de la vida, importantes tal vez para los más cercanos y que, por otra parte, ya conocen estos en buena medida. Es preciso una cuidadosa selección de los hechos y que estos hechos sean de interés general. A veces, de meras anécdotas, se pueden sacar categorías. Pero tampoco deben ser las memorias tan breves que el lector no pueda, hasta donde se le permita, entrar dentro de la intimidad del autor. Por otro lado, las memorias tienen que ser amenas, y no solamente en cuanto lo que dicen sino también en la manera de decirlo, ya sea con una brillante retórica o con una delicada sencillez.

La falta de comprensión o, si se quiere, el desprecio entre los sabios, manifiesta muchas veces la miopía de estos. Pueden ver el detalle del cuadro, pero no ven el conjunto de la pintura. Carlyle se burlaba de aquellos geólogos cuya preocupación era conocer si un glaciar había adelantado un metro o bien estaba quieto. Y muchos científicos, ajenos a la religión, se ríen de los quebraderos de cabeza para conocer el verdadero orden de los “Pensamientos” de Pascal. Se diría que los sabios trabajan en la torre de Babel sin poseer ese don de lenguas que adquieren los cristianos con la llama de pentecostés.

Si las matemáticas abstractas no sirviesen para que un avión vuele de Madrid a París en dos horas serían tan despreciadas como la metafísica. Ahora bien, la tecnología hace posible que un avión vuele de Madrid a París en dos horas, mas ¿para hacer qué? ¿Asistir a un congreso? ¿Un viaje de luna de miel? La ciencia nos da los medios, pero no da los fines.

El escritor Valera le pedía a su amigo Menéndez y Pelayo que diese “bombo” a sus novelas para venderlas mejor. Claro está, un “bombo anónimo” para que no hubiese hablillas diciendo que habían formado “una compañía de elogios mutuos”. Sin embargo, el novelista cordobés no era un mercenario de la literatura y, como todo escritor, precisaba llenar el estómago. Nadie piensa que un sacerdote, a menos que carezca de vocación, viva del altar. Larra afirmaba que escribir en España es llorar. Y Unamuno, lamentándose de que se prestaran novelas en vez de comprarlas, publicaba artículos en la prensa de Buenos Aires porque “allí elogian doble y pagan triple”.

“Hostil al halago, indiferente a la censura” (Azaña sobre sí mismo)

“Ortega tiene indudable talento, pero es un cursi y un pedante” (carta de Machado a Guiomar)

“De los hermanos Ortega, la naturaleza le dio a José la inteligencia y a Eduardo la cabellera” (Azaña)

“Todo lo que escribe (D’Ors) es vomitivo” (Pérez de Ayala)

“Unamuno es un poeta que rima Salamanca con palanca” (Umbral)

“¿Por qué seré yo, siendo tan liberalote, tan neocatólico en la amistad?” (Carta de Valera a Menéndez y Pelayo)

Tal vez no sepamos nunca si la historia hubiese sido diferente de haber tenido Cleopatra una nariz distinta, como dice Pascal recordando el embeleso de Marco Antonio – cada cual tiene sus gustos - hacia el apéndice nasal de aquella seductora mujer. Sin embargo, lo que sí es cierto es que la nariz de Darwin estuvo en un tris y en un tras de hacer que la teoría de la evolución no se conociera, o tardase muchos años en hacerlo. El capitán del *Beagle*, que se las daba de frenólogo, pensaba que la nariz de Darwin revelaba a un hombre de escasa energía y, por tanto, incapaz de soportar la navegación. Finalmente, por fortuna, lo aceptó a bordo de la nave. La vida depende en muchas ocasiones de esos pequeños azares que pueden modificar sin saberlo el futuro de la humanidad. O sea, el aleteo de la mariposa que causa la caída de un imperio.

Si Judas no hubiese traicionado a Jesús el cristianismo no existiría, pues ¿cómo iba a morir en la cruz para resucitar al tercer día? ¿Podemos imaginar a Jesús muriendo de vejez a los noventa años? ¿O, conmutada la pena de muerte, encerrado durante treinta años en una celda? Judas, la oveja negra de los apóstoles, fue una pieza clave de la religión cristiana tan necesaria como san Pablo.

Santo Tomás no fue tan incrédulo, pues si necesita meter el dedo en la llaga para creer es porque cree que hay un cuerpo donde meter el dedo en la llaga.

La virgen prefiere manifestarse a niños pastores, a solas, en la campiña solitaria, que mostrarse, como el dios Vulcano, ante los sorprendidos obreros de una fragua. ¡Cuánto más asombro tendrían hoy cientos de obreros en una fábrica industrial! La razón es evidente: si hubiese pruebas de la aparición mariana, y como dice don Quijote cuando le piden una imagen de Dulcinea para afirmar que es la más bella doncella, ¿de qué valdría la fe? Claro está, una aparición mariana debe ser vista por unos pocos para convencer a todos los demás, los cuales ya están propensos a convencerse.

En el campo el gallo es quien despierta al campesino. En la ciudad, carente de gallos, es el reloj despertador. El hombre no sabe hacer un gallo, pero sí sabe construir un reloj. El primero es la obra de Dios; el segundo es invención del hombre. La técnica se opone a la naturaleza. Una sociedad agrícola, siempre rogando al cielo para que llueva, es más creyente que las sociedades industriales donde basta abrir un grifo para tener agua sin saber que toda agua viene del cielo. Así los principios burgueses de la revolución francesa – burgués es ciudadano – fueron combatidos por la sociedad campesina de la región de Vendée.

El hombre “crédulo” cree en lo que la razón puede demostrar su falsedad; el hombre “creyente” cree en lo que la razón, por sí misma, no puede demostrar la falsedad.

El hecho de que “a-teo” lleve un prefijo negativo – no Dios – demuestra que el teísmo es la sustancia y la raíz histórica del hombre. El ateísmo no existe como una realidad posterior sino como la creencia parásita de una creencia anterior, igual que la moneda falsa vive del crédito dado al dinero.

El mayor milagro de las religiones es la pervivencia de las religiones. Ahora bien, cuando no hay Dios, el Estado, la Ciencia o la Razón ocupan su vacío creando nuevas religiones.

Ver la excelente carta de Valera a Menéndez y Pelayo de Lisboa, 27 de junio de 1881. Allí se habla sobre el brindis del Retiro argumentando la opinión mía anterior sobre lo “histórico” y lo “suprahistórico” de la Inquisición.

**

Uno de los grandes defectos de la lengua española es que el verbo “comprender” se entienda en un doble sentido: uno intelectual, otro moral. Podemos “comprender” la Inquisición, sin juzgarla favorablemente. Ahora bien, dicha “compresión” suele verse como una atenuación de tal barbaridad. Pero se trata solamente de poner en relación las causas históricas que llevan necesariamente a determinadas consecuencias.

“Soportaos los unos a los otros como yo os he soportado” (enmienda al evangelio).

Cada maestro se mide por su Judas, cada Judas da su valor al maestro.

Casi siempre los pueblos pretenden que el cielo esté de su parte en las disputas terrenales. Desde el grito del cruzado “Deus lo vult” hasta la virgen que quiere ser capitana “de la tropa aragonesa” enfrentada a los franceses. Solamente los pueblos ateos confían más en sus armas que en las oraciones.

El mayor pecado que puede cometer un historiador, después de la falsedad, es el anacronismo. Sin embargo, no debemos siempre mirar hacia atrás como hace la mujer de Lot. Las estatuas, hechas de bronce, se diluyen hechas de sal. La tradición es una traición al porvenir. No es posible fajar los siglos como hacen los chinos con los pies de las niñas.

El “progre” y el “carca” son las caricaturas de dos actitudes necesarias en la historia: el cambio (Heráclito) y la permanencia (Parménides). O dicho con la manida frase del Gatopardo: “algo debe cambiar para que todo siga igual”.

El revolucionario se parece a esos ríos que nacen en montañas cercanas al mar en el cual desembocan. Sus aguas bravas arrasan todo aquello que encuentran a su paso en el breve recorrido. En unos pocos años la revolución francesa derribó el secular Antiguo Régimen. Por el contrario, algunos ríos de

escasa pendiente se deslizan lentos con largos trayectos hasta llegar al mar. Las monarquías absolutas se alargan durante siglos y, a veces, como los meandros de los ríos, se resisten a llegar al final haciendo concesiones para no renunciar a sus privilegios: despotismo ilustrado, cartas otorgadas, etc. Si las revoluciones son sangrientas es porque los de sangre azul agotan -gota a gota- el sufrimiento de aquellos que la tienen roja.

Existen tres razones para decidir el voto: una, las ideas; otra, el bolsillo (ambas pueden llegar a ser contradictorias); y, finalmente, las vísceras. A éstas se dirigen los populismos, a través de mensajes cortos, tan falsos como eficaces. Tanto los marxistas, fundados en la lucha de clases, – los ricos tienen la culpa – como los nacionalistas a ultranza, arraigados en la identidad étnica – los inmigrantes son los culpables-. De ahí que, ausentes las minorías intelectuales, los demagogos muevan a las masas agitando sus instintos más bajos. Las ideologías, en el peor sentido de la palabra, conducen a la “odiología”.

Debemos perdonar a Dante cuando dice “*nel mezzo del cammin della mia vita*”, pues no sabe lo que se dice. No sabemos dónde está la mitad si no sabemos dónde está el entero. ¿Acaso la naturaleza ha hecho un pacto con nosotros para exigirle alcanzar la vejez? Nada nos ha prometido. El concepto de “esperanza de vida” es solamente una observación empírica. Y aquí podemos recordar el cuento del pavo inductista: este pavo cree que el granjero le dará alimento todos los días, y así lo hace... hasta que llega el día de *Acción*

de gracias. También nosotros hemos de dar gracias para que cada instante sea la mitad de otro instante.

El hombre es una contradicción andante. Así Darwin es un apasionado de cazar pájaros y, por otro lado, su hermana le convence de que no está bien matar insectos solamente para formar una colección. Y aquí hemos visto a un tirano acariciar tiernamente con una mano a su nietecito mientras con la otra firmaba sentencias de muerte.

El mandato “ama al prójimo como a ti mismo” es una perogrullada nada original o bien un absurdo lógico. Si se quiere decir que también hemos de amar a los demás así como lo hacemos con nosotros, la idea -salvo que vivamos en la jungla - es elemental. Ahora bien, amar al prójimo “tanto” o “igual que” a nosotros mismos es la “cuadratura del círculo” moral. La resta entre el “egoísmo” y el “altruísmo” no puede jamás ser nula. O más o menos. “Vivir o desvivirse”. *Tertium non datur*. Podemos “amarnos más que al prójimo” (egoísmo) o, por el contrario, “amar al prójimo más que a nosotros” (altruísmo). Si en un naufragio hay un sólo puesto en la barca salvavidas, o se cede el puesto o se quita.

El asno de Buridán, a fuer de ser racionalista, se muere por burro.

La monarquía es la mejor forma de Estado si cumple dos condiciones: no ser vitalicia ni hereditaria.

Quien se ensalza se humilla, pero quien al humillarse se ensalza, se humilla dos veces.

La palabra “crítica” viene a tener el sentido de “juicio”. Así en el arte puede hablarse de “buenas” o de “malas” críticas sobre una obra. Sin embargo, el hecho de que muchas veces se tome solamente en un sentido negativo obliga a añadir precisiones tales como “constructiva”. Y es que la naturaleza vanidosa del hombre hace que, si se vierte la gota de un “pero”, se requieren muchos litros de elogios para disolverlo.

CRÍTICA

Las greguerías de Ramón, como las bengalas, brillan apenas un instante para apagarse después. Así los vinos espumosos, deben beberse sin demasía, en pequeños sorbos y en copas pequeñas. Un libro entero de greguerías es una borrachera de metáforas y una indigestión de sonrisas.

La prosa de Azorín, hecha de pasitos cortos, no puede sobrepasar la distancia de un artículo sin fatiga. De ahí que, a pesar de su calidad, termine casi siempre en amaneramiento. Como la pintura de Miró, es difícil de crear y

fácil de imitar. Su mayor mérito es haber aligerado la literatura del lastre del romanticismo.

No es posible mantener una “tensión poética” durante centenares de versos. En los poemas largos, como la *Divina comedia*, hay más de oficio que de inspiración. Y es por eso que, cuando se alcanza a trechos la verdadera poesía, ésta se encuentre como diamantes esparcidos en la arena.

Leyendo a Unamuno hablar de su *yo, mi, me, conmigo* (lo que endulza como *egotismo*), sentimos la tentación de decir lo mismo que los atenienses a san Pablo cuando les habla de la resurrección: “de eso ya hablaremos otro día”.

Si Cervantes resucitara, más que halago, sentiría empacho con tanto cervantista de salón. ¿Hay algo más ridículo que la liturgia de leer un día de cada año su obra despedazada en la boca de unos lectores privilegiados? Pero también existe un *chauvinisme* de las letras. Cada nación desea tener su campeón en la literatura universal. Inglaterra tiene su Shakespeare, Alemania su Goethe, Italia su Dante, etc.

A Ortega no se le han perdonado tres virtudes, las cuales son, al mismo tiempo, sus tres mayores defectos como filósofo “académico”: ser un buen

escritor, hablar claramente – “la claridad es la cortesía del filósofo” - y manifestar curiosidad por todo aquello que la inteligencia ofrece a la mente.

Tras resolver el acertijo de la poesía gongorina, nos preguntamos: “¿y esto era todo?”.

Las poesías de Quevedo que más hablan a los vivos son aquellas que nos hablan de la muerte.

Suele decirse que el crítico es un literato frustrado. Sin embargo, cualquiera sabe distinguir la voz de un grajo sin ser un ruiseñor. La misión del poeta es hacer poesía, no hablar sobre ella.

La rima es la aduana de la poesía nacional. Y los aranceles poéticos son tan elevados que no es posible ningún comercio entre las naciones. Es una suerte que el alemán no pueda, como hace Quevedo, arrimar “fuerte” con “muerte”. Así cada lengua se reserva un ámbito propio de la expresión literaria. A esto podríamos llamarlo la división del trabajo poético.

Un escritor nos gusta cuando sentimos el deseo de quitarle la pluma para terminar la frase.

La izquierda nunca ha sido antievangélica, sino anticlerical. Y, aún así, cuando es contraria a la Iglesia solamente lo es en la medida en que la Iglesia se aparta del evangelio. Pío XI afirmó que el gran pecado de la Iglesia en el siglo XIX había sido abandonar a la clase trabajadora. Las palabras se desgastan con el uso y la caridad cristiana, esto es, el amor, se convirtió en hipocresía burguesa. Aquel escritor francés, Bernardine de saint-Pierre, llamó a la envejecida “caridad” con el nuevo nombre de “beneficencia”. Mas esta palabra, en boca de los ricos, volvió a convertirse en hipocresía. Y el socialismo, finalmente, convirtió la caridad y la beneficencia en justicia social. El obrero pobre no quiere vivir de limosna, sino del fruto de su trabajo. Jesús dijo: “bienaventurados los pobres”. Claro está, los teólogos señalarán que se habla de los “pobres de espíritu”. Sin embargo, los espiritualistas saben que los nobles ideales del corazón no pueden vivir sin el estómago.

La transición no fue solamente un paso desde la dictadura hasta la democracia, sino también una “transacción”: “yo te saco de la cárcel y tú no me metes en ella”. Siendo un cadáver el dictador, la continuidad del régimen en un príncipe “manchado” era imposible. ¿Y la ruptura? ¿Acaso se podía juzgar a tanto obispo colaboracionista, metiendo bajo palio en las iglesias, al “devoto” Generalísimo? ¿O a tantos intelectuales vendidos, necesitados de descargar sus conciencias cargadas? No era ya posible después de cuatro décadas de “paz y progreso”. Solamente era posible la “ruptura pactada”. Pelillos a la mar. Olvidemos. Los mismos hijos de los vencedores se habían vuelto contras sus padres. Y éstos les recordaban sus batallitas contra la malvada Rusia: “Sí, papa – contestaban – pero no estamos en Siberia sino en Iberia”.

El creyente en otra vida tiene una ventaja sobre quien no cree en ella. Si no la hay, no conocerá nunca su error, pero quien la niega, si la hay, podrá comprobar su equivocación. Goethe temía que un amigo suyo le persiguiera durante toda la eternidad con la cantinela de “te lo dije, te lo dije”.

Ya no existe hoy la lucha de clases en el sentido marxista. O, al menos, con la misma rigidez de la época del “Manifiesto comunista”. Algunas veces los hombres están de un lado de la frontera y otras, esos mismos hombres, combaten en el bando opuesto. Las circunstancias variables deciden – todas las cuentas hechas – hacia qué lado se inclina la balanza temporalmente. Sin embargo, si ya no hay lucha de clases, sí hay, y habrá siempre, conflictos de intereses. Desde la convivencia en el matrimonio hasta las relaciones internacionales. Y ante esos conflictos caben dos actitudes opuestas: ser bombero o bien ser pirómano. O dicho de otro modo: aminorar un enfrentamiento arrojando agua o bien enconarlo vertiendo gasolina.

Cuando la izquierda alcanza el poder tiene el sentimiento de haber conquistado una fortaleza: “Ahora que mandamos – se dice – sabrán estos lo que vale un peine”. Y la derecha no conquista el gobierno, lo reconquista, pues siempre cree, ha creído y creerá que la nación y el poder son suyos por naturaleza, por Dios y por la historia, salvo en circunstancias anómalas.

La convivencia exige siempre una cierta dosis de hipocresía. Sin embargo, algunos hombres mueren por sobredosis.

El rechazo de la eutanasia solamente puede fundarse en dos pilares: Dios o el Estado. “Sólo Dios ha dado la vida y sólo Dios puede quitarla”, se dice. Ahora bien, un ateo podría responder: “hablen ustedes para su propia parroquia, no me impongan su Dios, pues yo soy el único dueño de mi vida”. Y en cuanto a la ley del Estado, solamente un poder totalitario puede franquear el límite que protege los derechos individuales. ¿Es éste el caso de la eutanasia? Sería absurdo que un Estado liberal permita la libertad de pensar en el suicidio, pero no la de llevarlo a cabo. Existe un derecho de propiedad sobre los bienes materiales, pero no lo hay sobre el bien más personal: mi vida. Claro está, hablamos de la verdadera eutanasia, plenamente garantista, y no del asesinato encubierto por cualquier clase de razones.

Menéndez Pelayo se lamentaba de que un día hubiesen leyes liberales que rompiesen el muro de un cementerio para juntar en una misma tierra a todos los hombres, católicos o herejes. En un alarde de caridad cristiana los suicidas, merecedores de compasión, eran enterrados detrás de una tapia fuera del camposanto. Pero Dios ¿hace distinción entre tibias, fémures y peronés?

Ley de degradación de la crítica: El autor A escribe la obra X; el crítico B escribe sobre A, autor de X; el crítico C lo hace sobre B que ha escrito sobre A, autor de X, etc.

Existen dos clases de escritores: unos escriben con notas, otros sin ellas. Los primeros son los creadores, los que hablan por sí mismos; los segundos son los académicos, los que hablan sobre lo que otros han dicho.

Algunos libros se leen por placer, otros por motivos profesionales y, finalmente, están aquellos que se leen para demostrar que se han leído.

La mano del agresor olvida antes que la mejilla abofeteada del agredido.

Cuando Peguy dice que algunos “tienen las manos limpias, pero no tienen manos” probablemente se refiere a los que sin hacer mal a nadie tampoco hacen bien a nadie.

Vamos a suponer un cocodrilo infinitamente plano. O sea, un reptil con solamente dos dimensiones. Si este animal, mediante una energía extraordinaria, pudiese “saltar” a una tercera dimensión, sus congéneres lo

verían “desaparecer” y, más tarde, “aparecer” de vuelta. He aquí una teoría fantasmagórica si fuese posible saltar a una cuarta dimensión.

Sobre gustos... Menéndez Pelayo afirma que cierta novela de Pereda es la peor de todas las suyas y Clarín, por el contrario, dice que es la mejor de todas. He aquí la “objetividad” de la crítica literaria.

Si evitásemos escribir ideas que cualquiera puede hallar por sí mismo se reduciría bastante la lectura. Debemos recatarnos en decir lo evidente. Éste, por ejemplo, es uno de esos casos.

Existen dos clases de hipocresía: recta e inversa. La primera es aquella en que un hombre malo finge ser bueno, la otra es la que un hombre bueno se finge malo.

Quien se ensalza se humilla, pero quien se humilla para ensalzarse se humilla dos veces. También existe una humildad altanera.

Algunos hombres prefieren que se diga de ellos “merece más” a que se murmure *sotto voce* “merece menos”. Tal vez parezca esto una muestra de humildad, pero en realidad es un disfraz del orgullo. Quien “merece más” convierte a los otros en deudores suyos.

La izquierda nunca ha sido contraria al evangelio sino a la Iglesia. Y, cuando ha sido anticlerical, lo ha sido en la medida en que ésta se aleja del evangelio. ¿Cómo despreciar a un hombre, sea divino o no lo sea, que dijo en el sermón de la montaña “bienaventurados los pobres”? Los espirituales, esos que según Peguy tienen las manos limpias, pero no tienen manos, dirán que se habla de los “pobres de espíritu”. Ahora bien, también el creyente alimenta el alma con pan y vino en la eucaristía. Pío IX afirmó que el mayor pecado de la Iglesia en el siglo XIX había sido abandonar a la clase trabajadora. Y entonces vino el socialismo para dar al obrero una fe, un ideal de justicia más allá de la caridad burguesa que pretende con las dádivas ganar una parcela en el cielo sin renunciar a sus privilegios.

Los griegos tenían una máxima: “de nada en exceso”. Ahora bien, el exceso de moderación no deja de ser también un exceso.

Pablo Galindo Arlés

15 de mayo de 2025